

# LA NACION

Diario independiente, fundado en 1946

Editorial

LN-28-10-87

## La paz depende de algunos

Cinco falacias pueden entorpecer el logro de la paz en Centroamérica.

Siendo Costa Rica el anfitrión de los cancilleres centroamericanos, quienes actúan a modo de comisión ejecutiva del plan de paz, y el país menos embarazado en conflictos internos, dotado, por consiguiente, de mayor libertad de acción en estas gestiones diplomáticas, y habiendo sido galardonado el Presidente de Costa Rica con el Premio Nobel de la Paz, dispone nuestro país de un mejor repertorio de instrumentos de análisis para evaluar el desarrollo real de Esquipulas II. Estas ventajas le confieren, sin pretensiones de liderazgo, un papel especial para juzgar y decidir con fundamento.

El 7 de noviembre está próximo y esta cercanía puede precipitar el balance. De aquí la necesidad de proceder con objetividad, con apego estricto a los hechos y no a las ilusiones en estas jornadas decisivas, y esquivar algunos errores o falacias frecuentes en las negociaciones de paz con agrupaciones o regímenes marxista-leninistas.

En primer lugar, debe evitarse la falacia de la responsabilidad compartida, por la sencilla razón de que, al suscribirse el plan de paz, los países centroamericanos no contrajeron las mismas obligaciones, ya que el grado y naturaleza de estas depende básicamente de su mayor o menor alejamiento del concepto central y del objetivo básico de Esquipulas II: la paz por medio de la libertad y de la democracia. Desde este punto de vista, la obligación mayor e irremplazable incumbe a Nicaragua, por ser su gobierno-partido el epicentro de la guerra en Centroamérica. Los rebeldes nicaragüenses combaten, en ejercicio del sagrado derecho a la resistencia a causa de la presencia de un régimen marxista-leninista en su patria, y la guerrilla salvadoreña subsiste y actúa por el respaldo militar de Nicaragua. Si se quita la causa, se eliminan sus efectos. De aquí que constituye un grave error histórico la afirmación, en boca de no pocos gobernantes y políticos centroamericanos, de que si hay buena voluntad entre los gobernantes del istmo, brotará la paz. Este planteamiento es falso. La paz no depende de todos, aunque su buena voluntad sea máxima, sino de uno solo, el que ha renegado de la democracia y de la libertad.

En segundo lugar, la falacia de la simetría, concepto recurrente y nunca suficientemente explícito en las negociaciones con los gobiernos comunistas. Esta falacia consiste en equiparar a Nicaragua a un Estado según los principios clásicos del derecho y en atribuirle acriticamente el principio de la buena fe y de la observancia de los pactos. Ante regímenes como el de Nicaragua, se ha de revertir la carga de la prueba. Son los comandantes los que mediante hechos reiterados, inequívocos y consistentes, deben demostrar su buena fe. Esta regla debe ser un a priori en las negociaciones con los dirigentes comunistas.

En tercer lugar, la falacia de Contadora, es decir, de las reuniones como fin en sí mismas, cuya repetición, a lo largo del tiempo, produce la ilusión de algún logro concreto, de que se puede forjar la paz en el crisol de las declaraciones oficiales, del diálogo interminable, sin tener en cuenta que cada día que pasa favorece a los despotismos y debilita a las democracias.

En cuarto lugar, la falacia de los signos, de los pequeños pasos, sin dirección precisa; del "glasnot" epidémico, de las aperturas mesuradas, vieja y fecunda estrategia de los regímenes comunistas desde 1917 a la fecha, los cuales bien saben cuán fácil y rentable ha sido enganar a las crédulas democracias de occidente con la pirotecnia de algunos cambios externos para ganar tiempo y respetabilidad, y conseguir una apertura total de sus adversarios.

En quinto lugar, la falacia de la paz como instrumento verbal, considerada posible y factible no por los actos concretos para afirmarla o enraizarla, sino por que se habla interminablemente de ella a tal punto que cualquier duda sobre su avance, sobre la sinceridad de los expositores o sobre la adopción de otros medios de presión para alcanzarla, se estima un atentado contra este bien supremo del hombre.

Realizar el gran combate por la paz constituye un deber personal y cívico, hacia Centroamérica y la humanidad. Representa, con todo, un deber concomitante, dadas la majestad y perentoriedad del bien que se persigue, no incurrir en un traspie histórico, al proceder —a contrapelo del consejo bíblico— con la mansedumbre de la paloma, pero sin la astucia de la serpiente.